

1847 después el P. Gil al P. Provincial Antonio Morey, por estas palabras: «En mi última dije á V. R. la pretensión de estos Señores porque tomáramos carta de naturaleza. Este negocio que me ha dado bastante que hacer, y del cual he informado menudamente á N. P. se ha transigido por ahora. Sólo los que vayan al Caquetá tomarán una carta insignificante y de cumplimiento, que serán los PP. Lainez y Piquer, á los cuales yo daré compañeros Granadinos, y con esto se ha conjurado la tempestad por ahora y esperamos no vuelva á levantarse. Esto no impide la libre acción de los Superiores, tanto sobre dichos PP. como sobre los mismos Granadinos, ni impone obligación alguna, ni aun se publicará, y la dejarán cuando quieran. El asunto era tapar la boca á los locos, y que el Presidente pueda defendernos el año próximo».

Tal fué el desenlace de tan enojosa cuestión promovida, á lo que creemos, por temor de los dices y amenazas de los demagogos y nada más. Muy presto veremos el triste paradero del celo aparente del Gobierno por aquellas misiones aceptadas y emprendidas por la Compañía con una abnegación digna de mejores tiempos y de más favorables circunstancias. Expedidas las cartas de naturaleza, el P. Lainez sólo pensó en su vuelta, y aprovechando aquella oportunidad marchó con él el P. Gil á visitar el Colegio de Popayan.

10.—Nueva Iglesia en Medellín:

10)—Continuaban los PP. de Medellín ejercitando sus ministerios en San Francisco únicamente por condescender con las instancias del Prelado de aquella diócesis, pero muy contra la voluntad del Dr. Lince y demás comparsa de los Amigos del País, que buscaban los medios de alejarles, y hasta cierto punto contra la voluntad de la parte sana de la población que también ideaba el modo de librarles de toda dependencia y darles la mayor solidez y comodidad posible á su permanencia en aquella ciudad. Existía en ese tiempo una Iglesia ruinosa situada en la plaza mayor

1847 y perteneciente á la Tercera Orden de San Francisco, sociedad que se hallaba á la sazón muy decaída. Ocurrió, pues, al Síndico de ella un plan generalmente aplaudido; tal era el de vender su Iglesia y con el producto y las ofrendas de los fieles edificar otra nueva en el sitio que ocupaba la Capilla de S. Lorenzo próxima al Colegio de los Jesuitas á cuyo uso debía destinarse en perpetuidad. Pidióse la autorización al Obispo quien la dió gustoso, deseando sin duda suavizar los sinsabores que las cuestiones con el Rector del Colegio Provincial habían ocasionado á los PP. Procedióse sin demora á la ejecución, y la aprobación unánime de la población facilitó tanto los trámites del negocio, que en menos de dos meses estuvo todo dispuesto para colocar la primera piedra y comenzar los trabajos. El 12 de Agosto de 1847 celebró con toda solemnidad esta ceremonia el Ilmo. Sr. Obispo y luego expidió el decreto de erección en el cual se decía que la nueva Iglesia se entregaría á la Compañía en uso perpétuo é irrevocable mientras permaneciera en la diócesis, y llevaría, como el Colegio, la advocación de S. José. Fué increíble el entusiasmo que excitó este decreto en la población de Medellín y la actividad que se desplegó en la fábrica del templo. Los Congregantes y los hijos del pueblo que no podían contribuir con dádivas, contribuían con su trabajo, y era de verse la alegría de los hombres, mujeres y niños que acudían en muchedumbre á trasladar la piedra y demás materiales, cada uno según su habilidad y fuerzas. Los PP. que ninguna parte habían tenido en la promoción de aquella empresa veían con gran complacencia el fervor y piedad del pueblo, que al mismo tiempo que honraba á Dios, daba aquellas muestras inequívocas de su sincero afecto á la Compañía; pero no dejaban de temer que con el tiempo pudiesen surgir algunas dificultades á causa de los diversos orígenes de donde procedían los fondos que se invertían en aquella obra.

1847 11)—Muy mal sentaban aquellas demostraciones á los enemigos de los Jesuitas, porque veían esterilizados sus trabajos y constancia digna de mejor causa: su partido no se engrosaba, sus perversas publicaciones les originaban ingentes gastos, sin lograr su propósito de enfriar el afecto de la sociedad de Medellín á la Compañía; por el contrario ellos iban quedando aislados y cargaban con la malevolencia y el odio de los pueblos: esto era insoportable, se hacía preciso buscar medios más radicales y decisivos, para deshacerse de aquellos hombres, cuyo único delito era educar cristianamente la juventud y moralizar el pueblo. La ocasión no tardó en presentárseles muy oportuna. Era el mes de Septiembre, época en que debían tener sus sesiones las Cámaras Provinciales, y aquí como en todas partes, los buenos por timidez ó por incuria habían perdido las elecciones, y se hallaban en minoría. El Dr. Lince y el Dr. D. Pedro Antonio Restrepo, los prohombres de la Sociedad de Amigos del País, figuraban como representantes y se distinguían, el primero por su afectada moderación y celo farisáico; el otro, joven fogoso y elocuente, deseoso de figurar, sacaba á relucir con galas oratorias todas las añejas calumnias de los filósofos del siglo XVIII repetidas hasta la saciedad; era un enemigo gratuito y podríamos decir inconsciente. (*) Y cuál era el proyecto que estos dos famosos paladines trataban de hacer triunfar? Nada menos: una representación al Congreso Nacional pidiendo se decretara la expulsión de los Jesuitas. No era difícil hacer que se aprobara tan maléfico intento, puesto que, como dijimos,

(*) El Dr. Restrepo volvió muy presto sobre sus pasos y dió otro giro á su política. Censuró y reprobó públicamente la expulsión de los Jesuitas y al volver estos á Medellín 25 años después, no sólo se mostró uno de sus más sinceros amigos, sino que puso en sus manos la educación de sus dos hijos más pequeños, uno de los cuales pertenece hoy á la Compañía.

1847 contaban con la mayoría; lo que debía inspirarles serios temores para la realización de su plan era que iría firmada exclusivamente por enemigos declarados de la administración actual, que los enemigos de los Jesuitas en Bogotá habían disminuido considerablemente, que la ley de inmigración les apoyaba y les hacía legalmente invulnerables: y en efecto, no sabemos que haya tenido acogida favorable tal exposición, si es que tuvieron ánimo de presentarla.

No salieron más airosos en su segundo proyecto, aunque en un principio parecieron triunfar. Era este sacar á los Jesuitas de la Iglesia de S. Francisco; mas conservados allí solo en fuerza de vivísimas instancias del Sr. Obispo, no se hallaba pretexto para privarles del ejercicio de los ministerios en aquel templo, sin ponerse en contradicción con el Prelado, amigo político y personal de Lince con quien había sido tan condescendiente, que sólo por complacerle había sacrificado los intereses de los PP. y consiguientemente de aquel barrio de la ciudad. Ahora olvida el hombre ingrato aquellas deferencias: se empeña en probar que las Cámaras habían obrado antilegalmente entregando la Iglesia al Obispo y arranca otro decreto en contrario. Mas necesitaban la sanción del Ejecutivo, y se presumía fundadamente no poderse obtener de Mosquera, quien ya en confidencias con sus amigos de Antioquia había tachado de injusta aquella medida. Afortunadamente para ellos el Presidente había continuado su visita á las provincias y gobernaba en su ausencia el Dr. Rufino Cuervo, á quien no fué difícil ó ganar, ó sorprender. El Obispo, pues, se encontró casi sin saberlo, despojado de su Iglesia por sus propios amigos Lince y el Gobernador Martínez, quienes ni se dignaron atender á las débiles reclamaciones que les dirigió.

A tales bajezas é injusticias arrastraba á aquellos hombres el odio ciego á los Jesuitas. El P. Freire

1847 entregó muy gustoso cuando se lo exigieron, aquella Iglesia cuyo uso tan á pesar suyo había conservado durante tres años á costa de tantas desazones. Cantaron victoria los Amigos del País; mas poco les duró su malhadado triunfo: los PP. á quienes creían haber inferido un agravio, tuvieron aquella medida nacida del odio como una coyuntura oportunísima para librarse de compromisos con el Sr. Gómez Plata, y con anuencia suya siguieron ejerciendo sus ministerios muy tranquila y fructuosamente en el Convento de Carmelitas cercano al Colegio, y en la capilla que posteriormente se edificó para servicio de este. El pueblo lleno de una justa indignación contra los manejos de los que reputaba sus enemigos, por serlo de la Iglesia y de los Jesuitas, aumentaba su fervor y multiplicaba sus esfuerzos para acelerar la fábrica de la nueva Iglesia, de manera que en resumen el partido hostil, lejos de adelantar nada, perdía crédito y amigos. Mas no fue esto sólo: como Dios suele valerse de unas pasiones para castigar otras más aviesas, Lince y sus cooperadores tuvieron que pasar por la humillación de ver deshechos sus triunfos de una sola plumada. Vuelto Mosquera de su excursión, fué informado de lo que había ocurrido respecto de aquel decreto de las Cámaras de Medellín que él ya había calificado de injusto: en consecuencia lo anuló y dió orden de devolver el templo á su legítimo dueño el Prelado de la Diócesis. Este hizo nuevas instancias á los PP. para que de nuevo se encargasen de él; pero no pudiéndolo recabar, tuvo la generosidad (no sé si llamarla debilidad) de encomendarla al cuidado del Capellán del Colegio académico. Tal fué el último desenlace de este negocio, que entre otros bienes que produjo, no previstos por cierto, por sus mal intencionados promovedores, fué uno el de proporcionar á los Jesuitas algún tiempo de paz y bienestar y conciliarles mayor aprecio en aquella sociedad.

12)—La llegada del P. Visitador á Popayan casi coincidió con la de una nueva remesa de Misioneros que llegaba á Santa Marta el día 31 de Julio. Eran estos los PP. Joaquín Suárez, Francisco García López, Andrés Cornet, Salvador Aulet, y los HH. Juan Garriga y Francisco Truffo, Coadjutores. Estos encontraron en el puerto la orden que les había dejado el P. Gil de pasar el Itsmo y entrar por la Buenaventura derecho á Popayan, lo cual les ahorra mucho tiempo é incomodidades en el camino de agua y tierra. Si en todas las familias de aquella noble ciudad fueron de singular gozo aquellos días, lo fueron mucho más para el Sr. Obispo que veía próximos á realizarse sus más ardientes deseos, teniendo allí á su lado al Superior con quien debía entenderse para la definitiva entrega de su Seminario á la Compañía, y ya en el camino los sujetos que lo habían de regentar, cuyo viaje desde Europa había costado él mismo.

El Colegio y Noviciado de Papayan, aunque no tan numeroso como sin duda lo habría sido, si hubiera continuado en Bogotá, contaba con 24 jóvenes escogidos, cuya formación puesta en manos tan hábiles como las del P. Blas, nada dejaban que desear. Los ministerios estaban todavía encerrados en el recinto de la ciudad por la falta de sujetos, mas luego les veremos extenderse y comenzar á fructificar, sobre todo en el gran valle del Cauca.

13)—El P. Lainez sólo se detuvo en Popayan el tiempo necesario para el arreglo de su viaje. El 21 de Septiembre escribía ya de Mocoa los trabajos que había tenido que sufrir para llegar á este punto. «Mi viaje, dice, humanamente hablando, no ha sido tan feliz como yo me lo prometía. Es el caso que haciéndolo yo á pie, no sólo por ser más conforme con la santa pobreza, sino por evitar mil molestias que resultan de ir sobre las espaldas de los indios, me ví en la dura necesidad, por no haber otro camino, de andar

1847

12.—Popayan.

13.—Partida del P. Lainez á Mocoa.

1847 por espacio de seis horas por las aguas frías del riachuelo llamado Minchoy, á la sazón muy crecido de resultas de un recio aguacero que me sorprendió cuando andaba por él: el agua me llegaba á la cintura: Al día siguiente amanecí con muy fuertes dolores en las rodillas, lejos de toda población, sin indios, en medio de los montes y sin poder menearme: mi situación era bien triste. A fuerza, pues, de brazo y á brincos ó arrastrándome pasé tres amargos días, subiendo y bajando montañas empinadas, atravesando quebradas y con un tiempo bastante malo. Mi fortuna fué haber dado en el camino con dos Mocoas, los cuales ganando horas fueron á buscar compañeros al pueblo, y al siguiente día aparecieron tres mocetones, los cuales echándome á la espalda como si fuera una ruana, me pusieron en Mocoa en unas 10 horas, hallándome á la distancia de 16». Así describía el animoso Misionero los principios de su segunda entrada en Mocoa tan llenos de sufrimientos; pero apenas se vió ya entre los indios, aunque le continuaban los dolores y apenas podía andar, ya parecía otro; todo era actividad y vida, consolándose con que los viajes en adelante habrían de ser por agua, y así no se los impediría una pierna que le quedaba medio baldada; consuelo por cierto muy pequeño, porque, como él mismo decía en otra carta, «navegar en aquellas canoas es un continuado susto y más después de haber visto no pocos volcados á los ríos ahogándose en ellos»; y en confirmación de esto añade en la misma carta: «Acababa yo de escribir estas palabras, cuando llegaron cuatro indios que había enviado á Mocoa casi llorando y muertos de hambre: el río Guineo con una creciente repentina y muy fuerte les arrebató la canoa, víveres, etc., salvándose ellos á nado con gran peligro».

La vuelta del P. Lainez fué un verdadero consuelo sobre todo para el P. Piquer que durante aquellos seis

1847 meses de soledad había sido muy molestado de los mandarines de aquella Provincia, especialmente cuando se trató de exigirle el juramento requerido para la carta de naturaleza de que arriba hablamos, y que él se negó muy prudentemente á dar, hasta recibir instrucciones de sus Superiores. Pronto cambió todo de faz: el decreto del Gobierno sobre arreglo de Misiones y las órdenes que para esto traía el P. Lainez sirvieron á lo menos para poder imponerse á aquella gente acostumbrada á proceder según sus caprichos y conveniencias, con la seguridad de que todo quedará oculto entre los bosques, sin que la voz del oprimido alcance á ser oída al través de las inmensas distancias que le separan de las autoridades supremas. Desde luego el Prefecto bien amonestado sobre las consideraciones que debía guardar á los Misioneros y con mandato expreso de proceder contra las vejaciones de los injustos traficantes, se mostró aún más respetuoso y atento, y á su ejemplo las demás autoridades. Esta que podríamos llamar nueva era para aquellas misiones, cuya corta duración no se preveía aún claramente, se celebró con una fiesta muy solemne y casi nunca vista en aquellas soledades. Consistió esta en una misa cantada en la que se estrenaron los ornamentos y otros objetos de culto que el P. Lainez había recibido de varias comunidades religiosas de Bogotá, como una limosna para sus misiones. A continuación se celebró un certámen de doctrina cristiana, fruto de la constancia y el trabajo del P. Piquer y del H. Plata; los niños y niñas respondieron con mucha exactitud y despejo, y fueron premiados por él con medallas y avalorios, y por el Sr. Prefecto que presidía el acto con pañuelos, frutas y algunas monedas. Así se iba infiltrando en aquellas almas inocentes el amor á la fe y piedad cristiana.

14)—A pesar de lo quebrantado que se hallaba el P. Lainez, su celo no le dejaba reponerse ni aun 14.—Viaje al Putumayo.

1847 descansar lo bastante. Pocos días se detuvo en Mocoa y emprendió el viaje á tomar posesión del Putumayo, que, según los últimos arreglos, era la parte de aquel vasto territorio encomendada á la Compañía. Apenas había caminado una jornada, cuando se encontró una partida de indios que venían en busca suya: en buena hora vienes, le dijeron, pues ya tratábamos de retirarnos á las cabeceras del río Guamnes, porque estos blancos nos dan muy mal trato: pero como nos dijeron que vendrías pronto, no nos hemos ido. Una gran muestra de confianza y de cariño daban aquellos buenos indígenas al misionero, y él les correspondía con mayor y más desinteresado amor. Llegados al pueblecito llamado S. Diego (*), que es el primero de los que forman la parte ya cristiana de aquellas numerosas tribus, el P. Lainez envió el número competente de indios que trajeran al P. Piquer con todo el pequeño ajuar de casa para completar la traslación al Putumayo. Pocos días después volvía la caravana en sus canoas, mas antes de llegar hicieron señal los indios con las *bombonas*, (que así llaman unos grandes caracoles, con que se dan desde lejos sus avisos), á la cual respondieron, escribe donosamente el P. Piquer, descargando la artillería del puerto, es decir, una escopeta. Fué aquel un día de fiesta: todos los habitantes del pueblo de S. Diego salieron al encuentro del nuevo Misionero, saludándole á su manera con las manos juntas ante el pecho y rezando el bendito. Lleváronle por entre una calle formada de ramas de árboles y flores silvestres desde la playa del río hasta la casa cural, ó sea una choza no muy mejor ni más amplia que las restantes de la población, y todo concluyó por gratificar á los indios con algunas hachas, machetes, cusmas y otras cosillas de las muchas que han menester.

(*) Desde S. Diego y en esta fecha á que se refiere la narración, escribió el P. Lainez la interesantísima carta que copiamos en el Apéndice VI.

1847 Establecidos los misioneros en su nueva estancia, su primer cuidado fué recojerse por ocho días á hacer los ejercicios espirituales de S. Ignacio, como preparación próxima para los trabajos que iban á emprender. Concluidos que fueron y tomadas todas las disposiciones convenientes, se partió el P. Lainez acompañado del H. Plata para los últimos pueblos del interior que había ya visitado en su primera entrada. En todas partes era recibido con muestras de mucha alegría, y no podía menos de ser así, porque además de estar dotado de singular amabilidad, veían en él no sólo su padre y su maestro, sino su defensor, bajo cuya salvaguardia se veían libres de las vejaciones de los traficantes: basta este hecho para ver las buenas disposiciones de aquellos buenos indígenas y el cariño que habían cobrado á su misionero. Unas recias calenturas habían acometido á este mientras visitaba la tribu de los Mamos. Sabiendo su enfermedad los Macaguajes, otra tribu más remontada al interior, se vino con su capitán al frente á visitar al enfermo trayéndole cada uno lo que tenía, como batatas, piñas, plátanos y otras frutas y raíces. Permanecieron dos días á su lado y se volvieron muy alegres sobre todo por saber que el Padre permanecería en aquel territorio. Semejantes muestras de amor y gratitud daban también las demás tribus, lo cual servía de algún consuelo á los misioneros en medio de tanta soledad y de privaciones de todo género.

Por su parte el P. Piquer trabajaba incansablemente en los pueblos de su cargo, no sólo en la enseñanza de la doctrina, de la cual se mostraba muy satisfecho, hallando en estos indios mayor facilidad para aprender que en los de Mocoa, sino también en la parte material procurando que se repararan las casas y se fabricasen otras nuevas; que se hiciesen desmontes para las siembras, y sobre todo que fuesen aprendiendo á cubrir su repugnante desnudez, una de las

1847 mayores mortificaciones de los misioneros entre aquella gente salvaje. Con este fin se hacía traer tela desde Pasto y no daba por perdido el tiempo que gastaba en cortar y ayudarles á coser sus vestidos, como que era un medio de proteger la honestidad é infundirles hasta materialmente los principios de moralidad.

15.—Exigencias del Gobierno.

15).—Mientras el P. Lainez se hallaba allá entre las tribus más lejanas de la parte menos inculta del Putumayo, recibió un oficio del Gobierno en que le confiaba una comisión tan difícil como delicada: tal era una especie de arbitraje en la cuestión de límites entre la Nueva Granada y el Ecuador por aquella parte. Habíase trabajado inutilmente con el Prefecto de aquella Provincia para que explorase el territorio limítrofe; mas á decir del mismo Gobierno, de sus informes no resultaba otra cosa que mayor confusión en los datos. Enviaba, pues, copia de la correspondencia que había mediado en aquel negocio, le recomendaba «que consultando las crónicas de sus antecesores en el apostolado de aquella comarca, y valiéndose de las investigaciones prácticas de que está en aptitud de servirse, tuviese la bondad de manifestar á este despacho cuáles fueron en su concepto particular los límites que se conocieron por aquella parte en el antiguo Virreinato de Santa Fe, durante la época inmediata ó la más próxima posible á la emancipación política de estos países, y también cuáles son en su concepto los límites naturales como cauces de ríos, crestas de montañas que pudieran adoptarse como fronteras claras, permanentes y mutuamente útiles y satisfactorias para Nueva Granada y Ecuador». Importante era ciertamente el servicio que podía prestar á la República el misionero y honrosa la comisión que se le daba; mas, fuera de que su ausencia de entre las tribus que comenzaba apenas á cultivar habría de ser muy dañosa, otra dificultad había insuperable por entonces, y era el hallarse en imposibilidad de andar

más de una ó dos horas á lo más, efecto de los trabajos que, como dijimos, tuvo que sufrir en su vuelta de Popayan á Mocoa. Sabida tan legítima excusa el Gobierno no volvió á instar. 1847

Volviendo á Popayan nos encontramos ya con los seis sujetos que con un viaje mucho más feliz que los anteriores habían llegado á principios de Septiembre, y al mismo tiempo con una nueva pretensión de Mosquera. Aun antes de salir de Bogotá, el Presidente había encomendado al P. Visitador abrir en Pasto una casa de escala para atender á las necesidades de las misiones del Putumayo, pues el Colegio de Misiones se hallaba muy distante. Aceptóse la propuesta como muy razonable, pero sin fijar el tiempo, porque no había PP. que pudieran ir allá sin dejar vacantes los puestos que ocupaban. Sin embargo de esto se pretende una nueva fundación. Tratábase de abrir un camino nacional para poner en comunicación la Provincia de Antioquia con el Atlántico por el río Atrato que desemboca en el Golfo de Uraba, con cuyo objeto querían formar una población de los Indígenas llamados Chocoes, que se hallaban dispersos por las montañas, ni más ni menos que los del Caquetá y Putumayo. Pedía, pues, un Misionero hábil y celoso que trabajara en la reducción y civilización de aquellos indios, tanto para su beneficio, como para la administración pública y de los particulares que miran en aquel camino un objeto de interés nacional. «El Gobierno desea, escribía el Ministro Ossorio, que se encargue de esta misión importante, si bien fácil para el sacerdote entendido, un miembro de la Compañía de Jesús y yo me dirijo á V. R. para que se sirva designar el que ha de ir, bien sea de entre los que quedarán expeditos luego que lleguen los que se esperan para el Colegio de Popayan, ó bien de los del de esta capital ó del de Antioquia que esté en capacidad de marchar. Excusado me parece